

## CAPITULO VI

### Inminencia de la insurrección (Julio-Agosto del 92.)

El 20 de Junio y el 10 de Agosto comienza la guerra.—Los voluntarios de 1792.—La Asamblea (Marzo del 92).—Un altar de la patria en cada ayuntamiento.—Lafayette se declara en favor de la corte contra la Gironda.—Lafayette llega á París, se presenta en la barra de la Asamblea (27 de Junio del 92).—Lafayette no encuentra apoyo ni en la corte ni en París.—Peligros de Francia en el exterior y en el interior (Junio-Julio del 92).—Discusión sobre el peligro de la patria (Julio del 92).—Declaración de la patria en peligro (22 de Julio del 97).—Impotencia de la Asamblea, de los Jacobinos, de Robespierre y de Petion.—Conducta prudente de Danton.—La Francia no debió su salvación más que á si misma.—Manifiesto del duque de Brunswick.—La insurrección de París es preparada públicamente.—Recibimiento hecho á los federados de los departamentos (Julio del 92).—Llegada de los marseleses (fin de Julio del 92).—Petion acusa al rey ante la Asamblea (13 Agosto del 92).—La Gironda vacila ante la insurrección.

El pueblo salió muy triste de las Tullerías. Todos decían: «No hemos conseguido nada... Preciso será volver.»

Los realistas estaban gozosos más bien que indignados. Aquella última afrenta hecha al rey les daba esperanza; les parecía que la Revolución había llegado al fondo del abismo, y que desde aquel día la monarquía no podría más que realzarse.

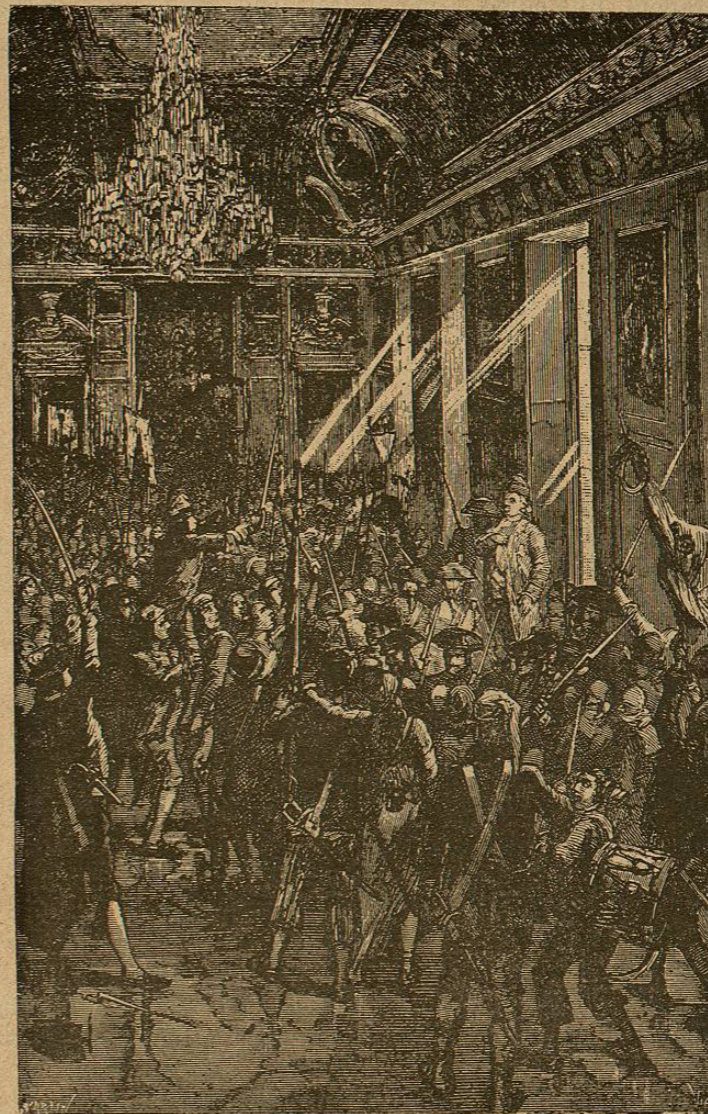
En realidad el hecho había producido dos resultados graves. Muchos corazones se conmovían en Francia y en Europa al recuerdo de aquella imagen trágica del real *Ecce homo*, con el gorro colorado, firme sin embargo ante los ultrajes, diciendo: «Soy vuestro rey.»

Esto en cuanto al sentimiento. Pero la situación era la misma. El combate de las dos ideas se había precisado con claridad. La masa revolucionaria, yendo á chocar contra las Tullerías, había creído no encontrar allí más que al ídolo del despotismo, y resultaba que había hallado la vieja fe de la edad media, todavía entera y viva, y bajo la prosaica faz de Luis XVI, hermosa con la poesía de los mártires.

¡Grande espectáculo! donde desaparecen los hombres. Quedan en-

frente dos ideas, dos fes, dos religiones! ¡Cosa inaudita, espantosa, como si en pleno día viéramos dos soles en el cielo!

¡Los dos benditos ó blasfemos! ¿pero negarlo? ¿quién podía? El sol



«¡Abajo el veto!» «¡Llamad de nuevo á los ministros!» (Pág. 96)

de la Revolución, nacido ayer, ya inmenso, inundaba los ojos de luz, las almas de calor y de esperanza; siempre creciendo, de hora en hora, anunciaba ya que muy pronto su rival de la edad media iría palideciendo en las oscuras profundidades.

Era duro, falso, injusto, reconocer la fe en la negativa de Luis XVI y no reconocerla en la petición del pueblo. No se debe considerar el 20 de Junio como un motín, como un simple acceso de cólera. El pueblo de París fué allí el órgano violento, pero órgano legítimo del sentimiento de la Francia. Fué como la vanguardia del movimiento general que la arrastraba hacia la guerra.—La guerra interior, primero, para hacer en seguida frente á la otra.

El hachazo dado en la puerta de la cámara del rey, aquel golpe, es preciso decirlo, fué asestado al enemigo.

Apartad la vista de París, y contemplad, si vuestra mirada puede abarcar la inmensa, la inconcebible grandeza del movimiento. Seiscientos mil voluntarios inscritos quieren marchar á la frontera. No faltan más que fusiles, zapatos y pan. Los cuadros están preparados, las federaciones pacíficas del 90 son los batallones entusiastas del 92. Con frecuencia son los mismos jefes los que los mandan; los que llevaron al pueblo á las fiestas van á guiarlo en los combates. Para no citar más que un ejemplo: fijémonos en aquel hijo del amor, el bastardo Championnet, jefe de la primera federación del Mediodía, la de la Estrella, cerca de Valence. Vedle mandando sus federados: *Sexto batallón de la Drome*.

De igual suerte, en Herault, los federales de Montpellier, van á resultar aquel cuerpo famoso, la inmortal, la invencible 32.<sup>a</sup> *media brigada*.

Aquellos innumerables voluntarios han conservado todos un carácter de la época verdaderamente única que les engendró para la gloria. Y ahora, estén donde estén, muertos ó vivos, muertos inmortales, ilustres sabios, viejos y gloriosos soldados, todos están marcados con una señal que los distingue en la historia. La señal, la fórmula, la palabra que hizo temblar toda la tierra, no es más que este nombre sencillo: *Voluntarios del 92*.

Sus maestros, los que les instruyeron y disciplinaron su entusiasmo, los que marcharon delante de ellos como columna de fuego, eran los suboficiales ó soldados del antiguo ejército, que la Revolución había puesto por delante, sus hijos que sin ella no eran nada y que por ella habían ganado ya la batalla más grande, la victoria de la libertad. Generación admirable que en un mismo rayo vió la libertad y la gloria, y robó el fuego del cielo.

Era el joven, el heroico, el sublime Hoche, que tan poco debía vivir, al que no pudo ver nadie sin adorarle.—Era la pureza misma, aquella cara noble, virginal y guerrera, Marceau, llorado por el enemigo.—Era el huracán de las batallas, el colérico Kleber, que bajo un aspecto terrible, tuvo un corazón humano y bueno, y que en sus notas secretas, lamenta por la noche las campiñas vendeanas que se ve precisado á devastar de día.—Era el hombre del sacrificio que quería siempre el deber y jamás la gloria para sí, que la da con frecuencia á los demás,

hasta á costa de su vida, un justo, un héroe, un santo: el irreprochable Desaix.

Y luego, detrás de estos héroes, llegan los ambiciosos, los ávidos, los políticos, los temibles capitanes que más adelante buscaron fortuna con ó contra César: la espada más acerada, el áspero piemontés Massena con su perfil de lobo; reyes ó gente á propósito para serlo: los Bernadotte y los Soult, el gran sable de Murat.

Y luego una gloriosa multitud, en la que cada hombre en otro país y en otros tiempos hubiera ilustrado un imperio. En Francia hay todo un pueblo. Los nombraré sin orden y omitiré muchos sin duda: Kellermann, Joubert, Jourdan, Ney, Augereau, Oudinot, Víctor, Lefebvre, Mortier, Couvion, Saint-Cyr, Moncey, Davoust, Macdonald, Clarke, Serurier, Perignon, etc., etc. Tales fueron los oficiales, los maestros y los instructores de las legiones del 92.

Grandes maestros que enseñaban con el ejemplo. No hay que creer, sin embargo, que aquellos rudos y valientes soldados, como muchos de estos, los Augereau, los Lefebvre, representasen el espíritu, el gran sople del momento sagrado. ¡Ah! lo que le hacía sublime es que hablando con propiedad, aquel momento no era militar. Fué heroico. Por encima del impulso de la guerra, de su furor y de su violencia, flotaba siempre el pensamiento grande, verdaderamente santo, de la Revolución, la liberación del mundo.

En recompensa le fué dado á la gran alma de la Francia, en aquel momento desinteresado y sagrado, el encontrar un canto que, repetido de boca en boca, ha dado la vuelta al mundo. Es cosa divina y rara el dotar de un canto eterno á la voz de las naciones.

Fué inventado en Strasburgo, á dos pasos del enemigo. Su autor le denominó el *Canto del ejército del Rhin*. Compuesto en Marzo ó Abril, en los primeros momentos de la guerra, no necesitó más de dos meses para recorrer toda la Francia. Resonó en el fondo del Mediodía, como por un eco violento, y Marsella respondió al Rhin. ¡Destino sublime el de aquel canto! Fué cantado por los marseleses en el asalto de las Tullerías; quebranta el trono el 10 de Agosto. Se le llama la *Marsellesa*. Es cantado en Valmy, fortalece nuestras filas vacilantes y espanta al aguila negra de Prusia. Y con aquel canto escalaron nuestros jóvenes y bisoños soldados la cuesta de Jemmapes, atravesaron los reductos austriacos y batieron las veteranas bandas húngaras aguerridas en sus luchas con los turcos. Ni el hierro ni el fuego podían con ellas: fué necesario para abatir su valor, el canto de la libertad.

De todas nuestras provincias, ya lo hemos dicho, la que experimentó quizás más vivamente la dicha de la emancipación, el 89, fué aquella donde estaban los últimos siervos, el triste Franco-Condado. Un joven noble nacido en Lonsle-Saulnier, Rouget de l'Isle, fué el compositor del canto de la Francia. Rouget de l'Isle era oficial de ingenieros á los veinte años.

Se hallaba entonces en Strasburgo, respirando la atmósfera ardiente de los batallones de voluntarios que acudían allí de todas partes. Había que ver aquella ciudad en aquellos momentos, su hirviente hogar de guerra, de juventud, de alegría, de placer, de banquetes, de bailes, de revistas, al pie de la flecha sublime que se refleja en el Rhin; los instrumentos militares, los amigos que se encuentran, que se despiden y se abrazan en las plazas públicas. Las mujeres rezan en las iglesias, las campanas lloran, y zumba el cañón, como una voz solemne, de Francia á Alemania.

No fué, como se ha dicho, en una comida de familia donde se compuso el canto sagrado. Fué en medio de una multitud conmovida. Los voluntarios partían al día siguiente. El alcalde de Strasburgo, Dietrich, les invitó á un banquete, en el que los oficiales de la guarnición fraternizaron con ellos y les estrecharon las manos. Las hijas de Dietrich y varias señoritas, nobles y tiernas hijas de la Alsacia, embellecían aquel banquete de despedida con sus gracias y sus lágrimas. Todos estaban emocionados; se adivinaba que iba á comenzar la guerra de la libertad que durante treinta años ha inundado la Europa de sangre. Los que asistían á la comida, sin duda no veían tanto. Ignoraban que dentro de poco tiempo habrían desaparecido todos, el amable Dietrich, entre otros, que tanto les obsequiaba, y que todas aquellas encantadoras jóvenes, antes de un año, vestirían luto. Mas de uno en medio de la alegría del banquete, soñó, bajo la impresión de vagos presentimientos, como cuando estamos sentados á las orillas del Océano. Pero los corazones estaban muy elevados, llenos de entusiasmo y de sacrificio, y todos aceptaban la tempestad. Aquel impulso común que agitaba todos los pechos con un movimiento uniforme, necesitaba un ritmo, un canto que consolase los corazones. El canto de la Revolución, colérico el 93, el *Ca ira*, no armonizaba bien con la dulce y fraternal emoción que animaba á los convidados. Uno de ellos la tradujo: *¡Vamos!*

Y al decir esta palabra todo se encontró. Rouget de l'Isle, porque era él, salió precipitadamente de la sala y escribió la letra y la música. Entró cantando la estrofa: *«¡Marchemos hijos de la patria!»* Fué como un rayo celestial. Todo el mundo se conmovió entusiasmado; todos reconocieron aquel canto que oían por primera vez. Todos le sabían, todos le cantaron, todo Strasburgo, toda la Francia. El mundo, mientras haya mundo, le cantará siempre.

Si no fuera más que un canto de guerra, no le hubieran adoptado las naciones. Es un canto de fraternidad, son batallones de hermanos, que por la santa defensa del hogar, de la patria, van juntos con un solo corazón. Es un canto que, en la guerra, conserva un espíritu de paz. Quien no conoce la santa estrofa: *«¡Epargnez ces tristes victimes!»*

Tal era entonces el alma de Francia, conmovida por el inminente combate, violenta contra el obstáculo, pero magnánima todavía, con

grandeza joven y sencilla, en el mismo acceso de cólera, por encima de la cólera.

La Asamblea experimentó verdaderamente aquel momento sagrado de la Francia, ordenando (el 6 de Julio) que en cada comuna se erigiese un altar de la patria. A él se llevarían los niños, y allí se inscribirían los nacimientos. Allí irían los jóvenes esposos a unirse en la nueva fe. Allí se inscribirían también los que habían pagado su deuda á la vida.

Estos grandes actos de la vida humana, nacimientos, matrimonios y defunciones, estos actos siempre tan religiosos como legales, sea cualquiera el lugar en que se consagren, se hallaban de este modo transportados desde la antigua iglesia al nuevo altar de la ley. La cuestión solemne de la vida moderna, aplazada hasta entonces por la timidez de nuestras asambleas, era al fin abordada sencilla, valerosamente. No más compromisos bastardos, no más mezcla heterogénea del pasado con el presente.

Lafayette y los Fuldenses se obstinaban en colocar su esperanza en aquella mezcla. Eran, en realidad, la piedra de escándalo de la Revolución. Cosa extraña y propia para hacer sospechoso á Lafayette, si no le hubieran justificado las prisiones de Austria; quería él republicano, él, amigo de Washington, hacer gravitar el movimiento revolucionario alrededor de un rey, de una corte incorregible. ¿Cómo calificar semejante ceguedad?

En aquel gran peligro de la Francia, le había sido dirigido por los Girondinos un último llamamiento, una intimación suprema para que se afiliara á los principios que en fondo eran los suyos. Servan era aun ministro de la guerra; él fué, ó mejor sin duda, fué madama Roland, que todo lo podía con aquel ministro, quien envió á Roederer al general para saber si decididamente se declaraba por la Gironda ó por la corte. Escogió este último partido, sea por antipatía personal hacia los Roland, sea por que creyó que muy pronto la Gironda sería arrastrada y absorbida por los Jacobinos. Y esto resultó ser cierto: ¿por qué? La razón más poderosa que acaso pueda encontrarse, es precisamente que Lafayette lo creyó así. Esto sucede con frecuencia: la misma profecía, la creencia en la profecía la hace verídica y produce el suceso. Si Lafayette se hubiera decidido por la Gironda, si al partido del impulso se hubieran unido las fuerzas del partido moderado, es probable que no hubiera habido necesidad del partido del terror.

La corte no ignoraba nada de esto. Sin querer utilizar á Lafayette ni depender de él, se sentía como apoyada por su ejército de las Ardenes y aumentaba su confianza en él. Se veía claramente que la Asamblea estaba flotante é indecisa, muy inquieta por el efecto que la violencia del 20 de Junio iba á producir en todos los espíritus. Este temor se demostró el 21; por un decreto acordó que en adelante no pudiese presentarse en la barra ni delante de ninguna autoridad constituida, reunión alguna de ciudadanos armados; apartándose de la conducta que

hasta entonces había observado y retractándose del aliento que había dado el 20 de Junio por la acogida que dispensó á las peticiones que anunciaban el movimiento.

De este modo, mientras la Asamblea retrocedía, la corte avanzaba. El 21 por la mañana al presentarse en las Tullerías Petion con otros municipales, fué insultado; los guardias nacionales del batallón de las Filles-Saint-Tomas le llenaron de injurias y de amenazas; uno de ellos le levantó la mano á Sergent, á pesar de su banda y le abofeteó con tal rudeza que le tiró de espaldas. Algunos diputados como Duhem y otros, no fueron mejor tratados en el jardín de las Tullerías por los caballeros de San Luis ó por los guardias constitucionales. Un hombre fué allí detenido por haber gritado: ¡Viva la nación!

No fué esto sólo; en aquel desfallecimiento moral de la Asamblea se creyó posible sorprenderla y escamotearla la ley marcial como había hecho á la Constituyente en Julio del 91. Se formó una pequeña reunión que fué empujada hasta el Louvre; y luego, á una señal brusca-mente convenida, á la Asamblea, para producir más impresión. Pero advertido Petion, llegó en el preciso momento, y declaró que la alarma era infundada y que el orden reinaba por doquiera.

Desde la Asamblea volvió Petion á las Tullerías. Estaban allí de muy mal humor, no habiendo podido, como esperaban obtener la ley marcial. El alcalde comenzó en tono respetuoso y firme, pero el rey, sin ninguna precaución oratoria, le dijo secamente. «¡Callaos!» y le volvió la espalda.

El 22 por la mañana se publicó una carta del rey á la Asamblea, una proclama real á la nación. En ella se hacía hablar á Luis XVI con el mismo tono que hubiera empleado si tuviese un ejército en París. Anunciaba que tenía «severos derechos que llenar, que no los sacrificaría.» etc., etc.

Este tono amenazador indicaba que se creían fuertes. Se contaba con la indignación de los realistas y los constitucionales. El Directorio del departamento, su presidente, el duque de Laroche-foucauld, respondía de estos últimos. El 21 de Junio por la noche, Lafayette, con gran admiración de todo el mundo, llega á París y se aloja en casa de Laroche-foucauld. El 28 se presenta en la barra de la Asamblea y pronuncia un discurso audazmente ridículo. El, soldado fiel á su bandera, ligado por la disciplina, él, general que dependía del ministro de la guerra, viene á regentar la Asamblea nacional. No ha temido venir solo, «salir de la honorable muralla que el afecto de sus tropas forma á su alrededor.»—Ha adquirido con sus compañeros de armas «el compromiso de expresar solo un sentimiento común.»—Suplica á la Asamblea que persiga á los autores del 20 de Junio «y que destruya una secta, etc.» Se refería á los Jacobinos precisamente en los mismos términos que había empleado Leopoldo.

Guadet preguntó si se había concluido la guerra para que un ge-

neral abandonase de tal modo á su ejército, si éste había deliberado para dar sus poderes á Lafayette; preguntó si tenía licencia del ministro, y propuso que se interrogase á éste sobre el particular y que se acordara redactar un informe acerca del peligro de conceder á los generales el derecho de petición.

El Fuldense Ramond pidió por el contrario, una información sobre la desorganización que acababa de denunciar Lafayette. La moción de Guadet fué desechada por una mayoría de cien votos (339 contra 234.)

Aquella mayoría considerable en favor de Lafayette fué una cosa muy grave y decisiva en la historia de la Revolución. Se reconoció la misma y más fuerte el 8 de Agosto. Demostró que jamás tendría la Asamblea la energía suficiente para abatir el gran obstáculo que neutralizaba en el interior las fuerzas de la Francia y la entregaba desarmada y en desacuerdo al enemigo. Aquel obstáculo, la monarquía, acababa de defenderlo Lafayette. Justificar á aquel defensor del trono, era proteger el trono y sostener la impotencia de Francia por su culpa en el momento de la invasión; si la Asamblea no salvaba á la nación, esta procuraría salvarse á si misma.

Nada tan imprudente como la conducta de Lafayette. La corte, á la que él venía á defender, no le quería. En la familia real solo tenía una voz que le defendiera, la de madama Isabel, que comprendía su caballerosidad; pero la reina estaba en contra suya y dijo que antes de ser salvada por él, era preferible perecer. No se limitó á esto. Debía verificarse una revista, en que Lafayette hubiera arengado á la guardia nacional, reanimando su espíritu. La reina hizo que por la noche avisaran á Santerre y á Petion, y éste, una hora antes de que amaneciera dió contraorden suprimiendo la revista. Entonces Lafayette reunió en su casa á varios oficiales influyentes de la guardia nacional y les preguntó si querían marchar con él contra los Jacobinos. El mismo no refiere este hecho en sus memorias, pero fué afirmado por su amigo Toulangeon. Ofrecieron reunirse por la noche en los Campos Eliseos, y apenas acudieron cien hombres. Se aplazó el acto para el día siguiente, con el fin de ver si se reunían trescientos y no llegaron á treinta. Lafayette vió al rey, que le dió las gracias sin aceptar sus ofrecimientos, y partió al siguiente día.

¿Como explicar la inacción de los Fuldenses y de los guardias nacionales? ¿Por el miedo? Sin embargo, muchos que pudiéramos citar, se distinguieron luego gloriosamente en las guerras de la Revolución y del Imperio. No, lo que más contribuyó á paralizarlos, es que temían trabajar solo en provecho de los realistas.

Desconfiaban del rey más que nunca, y se fiaban aun menos en el buen sentido de Lafayette. El proyecto que éste confiesa justifica aquella desconfianza. Hubiera llevado al rey á Compiègne, y allí el rey, mejor rodeado, convertido de pronto en amigo de la Revolución, se habría